





# La Verdad y sus sombras

Por ROQUE ESTEBAN SCARPA.

Premio Nacional de Literatura



En algunas ocasiones me ha correspondido hablarles a los alumnos del ciclo medio de enseñanza. La primera vez quedé sorprendido de su atención y respuesta: Era tan obvio para mí lo que estaba diciéndoles que creí que podrían desinteresarse. En un viaje a provincia, por un motivo muy ajeno a lo que tendría que hacer, se me pidió por parte de los directores de los establecimientos de educación, de improviso, que les dictara una conferencia a sus alumnos. Mi excusa de no haber llevado libro a qué referirme ni tema que se me ocurriera oportuno, dio en la proposición de que, por el problema de no leer, que aquejaba al medio, les hablara a la lectura.

Recuerdo las circunstancias especiales que concuerran al acto. De cuatro liceos e institutos, se llevaron a un gimnasio tocado a todos los alumnos de los últimos cursos. Si no me equivoco, eran alrededor de setecientos. Esa tarde, llovía. El gimnasio, un poco desolado por su amplitud, no demasiado frío por la lluvia, lo colmaban casi adolescentes que, por venir de distintos medios, en trastornos atraídos, se miraban con curiosidad y recelo, aunque el concurso de mujeres y varones hacia pasar el límite del vasto círculo que se enfrentaba a la simpatía, a la malicia, a la socarrería. Cohesionar esa inquietud, semejaba tarea más bien difícil. Hasta el cielo parecía en contra. De una manera monótona, la lluvia azotaba el zinc y apagaba las voces de las autoridades que me presentaban.

Tuve que quedarme callado cuando me correspondió el turno. Los aplausos de bienvenida, curiosos y cordiales, quedaron casi ahogados por la fuga de la lluvia. Era extraño sentirse tan desvalido por un factor externo. Después de escuchar la persistencia de las gotas sobre el zinc, en silencio, y comprender que esto no podía continuar, dije con mi voz más entera y alta: "No me negaran Uds. que nunca un conferencante aquí ha sido recibido con una ovación celebrando su existencia".

La simpatía con que fueron recibidas estas palabras no molestaron al cielo que parecía irse marginando con los minutos. Planté el asunto de la lectura, una vez más,

## El libro, esa visión necesaria

haciendo referencias a una Gabriela Mistral de la edad de ellos: La maestra rural, autodidacta, que enseñaba a niños o a muchachas mayores que ella; la mujer restringida a un mundo pequeño, que dio, por desilusión, con un periodista de la zona que tenía "el folleto de provincia" de una gran biblioteca; la sorpresa de la muchacha que se encontró con una generosidad inusitada: A ella, pobre, mínima, aquella, se le ofrecían todos los libros que apetecía, incluso aquellos de pasas finas y papel nobre. Así comenzó, diría ella, su fiesta vespertina y nocturna que no cesaría jamás. No le molestaba la luz vacilante de la vela por cortísimas horas, que eran muchas, según la cuenta interna. Leyó "a troche y moche", sin selección, perdido en apariencia, mucho tiempo. Pero esa fue la fórmula de que un lugar pequeño se hiciera vasto como el mundo; que su día de hoy se trasladara a cualquier instante de la vida espiritual de la humanidad y de la experiencia de la pasiones y de las visiones de paseajes y de sociiedades.

Esa ocasión de su permanencia en La Compañía Baja, ¿qué compañía alta le obtuvo? Cuando se encontró con los "Ensayos" de Michel de Búquer, señor de Montaigne, fuera de dar con el estílo coloquial que le sería tan acorde y tan grato, pudo ver cómo las circunstancias del entorno de Montaigne. El autor lo analizaba apoyándose en referencias de los grandes pensadores y poetas griegos y latinos. Por intermedio del autor francés, Gabriele iba conociendo que la cultura clásica,

para él, era asunto más que contemporáneo, susceptible de alimentar a todos los tiempos. A ella, la nortia Montaigne y por los ries de su prosa iba adentrándose aquello que podía atraerla como extraño y ajeno, y que le resultaba tan natural y tan propio.

Así se inició para la mujer del valle de Elqui su encuentro con lo universal, que, sin hacerle perder su esencia, le agradecía las posibilidades de entender lo complejo humano a través del libro, ese amigo fiel que puede esperar a que lo entiendan bien, que no se enoja si lo abandonan por otro, que está siempre al alcance de la mano, que nos permite volver a su morada en la página que se quiera.

El autor escribe porque necesita expresarse, porque el giro del mundo lo mueve o el dolor de él, y, en cuarto es fiel a lo humano en sí, ilumina demás del ser de otros, da cuenta de su tiempo, porque él es ser de su tiempo y de una sociedad. En el libro está todo: El amor, la soledad, la ambición, la noblesca, la miseria del hombre, su libertad para trazar su destino. Es maestro infatigable, incommensurable, riguroso y modesto. Para conocer lo que no se es, ha de irse por donde no se es, decide el misticismo, e incluso para conocerte, creyéndose conocido, uno ha de contraponerte con más ricas y mayores experiencias ya devinadas por un espíritu sagaz que domina ese medio mágico de la comunicación que es la palabra.

Callaré por una semana. Tengan Uds. la paciencia que tuvieron los muchachos y que yo tuve con el gris sonoro de la lluvia.

# **El libro, esa visión necesaria [artículo] Roque Esteban Scarpa.**

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Scarpa, Roque Esteban, 1914-1995

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1981

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

El libro, esa visión necesaria [artículo] Roque Esteban Scarpa. retr.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)

## Mapa